



CAPÍTULO VII

Levantamiento de estas provincias
contra los almoravides. — Entrada
y triunfo de los almohades

DE 1091 Á 1212

RAVES mudanzas alteraron en breve esta unidad. Los árabes de España no veían en los almoravides sino extranjeros ambiciosos que estaban imponiéndoles el yugo de sus armas, y aborrecían en el fondo del corazón á esos hijos del Desierto, á quienes sólo habían podido llamar al ver pendiente sobre su cabeza la vengadora espada del infiel Alfonso. Impelidos por el espíritu patrio y por sus vivos deseos de independencia, se sublevaron apenas abandonó Taschfyn, hijo de Yusuf, las costas de Andalucía, y no tardaron en conmover el aire de estas provincias con el rumor de nuevos combates. Levantaron sus pri-

meros estandartes de guerra en el Algarbe; y al verse vencedores, se atrevieron á desafiar á sus enemigos frente los muros de Sevilla, desde donde, aunque derrotados, hicieron cundir el fuego de la revolución hasta el reino de Valencia. Muchos habían abrazado ya la doctrina de los almohades, secta que, llevada de su celo religioso, acababa de conquistar el África; y enardecidos más por sus nuevas creencias que por su odio á la servidumbre, no veían llegada la hora de acabar con sus contrarios, creyendo que para acelerarla debían arrostrar toda suerte de peligros y la misma muerte. Presentáronse así en esta lucha osados y resueltos; y favorecidos poco después por sus correligionarios africanos, pudieron arrojar pronto del suelo de la patria á los bravíos guerreros que poco antes habían hecho saltar la corona de la frente de sus reyes.

Levantóse en Córdoba sobre el cadáver del cadí de los almoravides Abu-Djafar-Hamdain; y ardió en breve todo el Mediodía de la Península. Cayó Almería, en las provincias granadinas, bajo el poder de Abdala-ben-Mordanisch; alzóse llena de furor la ciudad de Málaga contra su walí Almanzor-ben-Mohamed, á quien obligó á retirarse á la Alcazaba y tuvo en estrecho cerco por más de siete meses; proclamó Ronda á Hamdain, y entregó al alcatib de éste, Atchyl-ben-Edris, su castillo inexpugnable; desnudaron su alfange Baeza y Jaén; y Granada bañó durante largos días con su propia sangre las murallas de su fortaleza, escudo á la sazón de sus temibles enemigos. Esta ciudad sobre todo fué teatro de las más vivas luchas. Rechazados los almoravides por el pueblo, al que capitaneaba Abu-Mohamed-ben-Simek, se encerraron en la Alcazaba, dispuestos á morir antes que ser vencidos por sus enemigos, y se sostuvieron por mucho tiempo peleando día y noche en sangrientísimas refriegas. Viéronse durante los ocho días primeros fatigados por continuos asaltos; lejos de menguar en esfuerzo, llenos de mayor resolución y denuedo, rompieron no pocas veces contra los sitiadores, á quienes hacían sentir á menudo el

peso de su lanza. Mataron en uno de estos choques al mismo Mohamed; y libres de los ataques del pueblo, mientras éste aclamaba por su caudillo á Abul-Hasam-ben-Adha y solicitaba el favor de los rebeldes de Córdoba, Jaén y Murcia, repararon sus quebrantadas fuerzas, disponiéndose con ahínco á mayores y más terribles trances. No aguardaron ya á sus enemigos dentro de los muros de la Alcazaba; al ver acampada en las cercanías la hueste de aquellas tres ciudades, compuesta de doce mil caballos y mayor número de infantes, se reunieron en consejo, conocieron la necesidad de aventurarlo todo en una batalla decisiva, bajaron á la llanura al romper el alba, y se atrevieron á acometer de frente aquel ejército á cuya vista debían al parecer rendir humildemente sus espadas. Arrojárónse como fieras sobre sus contrarios, combatieron desesperadamente y sin temor de perder la vida, que veían ya cruelmente amenazada; y sorprendiéndolos no sólo con su valor, sino también con la osadía misma de su empresa, los arrollaron, les vencieron y les obligaron á volver vergonzosamente las espaldas. Vertieron á raudales su propia sangre; cubrieron también el campo de cadáveres enemigos, é hicieron morder el polvo de la tierra á Abu-Djafar, emir de Murcia, que murió allí abandonado por los demás caudillos.

Este triunfo, sin embargo, no hizo sino salvar por algún tiempo más á los almoravides, que se retiraron de nuevo á la Alcazaba. El pueblo granadino estaba aún fiero, y deseaba acabar con ellos más que debiese sobre sus propias víctimas escalar los muros que impedían su venganza. Siguió bajo el gobierno del cadí Ebn-Adha implorando el auxilio de los demás rebeldes; y apenas se vió favorecido por nuevas tropas, volvió á las pasadas luchas y á los asaltos que tan caros le habían costado en los primeros días de su levantamiento. Encontró apoyo en Seif-Dola-Ebn-Hud, á quien Hamdain acababa de arrojar de Córdoba, lo encontró de nuevo en el alcaide de Jaén Ebn-Gozei, que deseaba vengar la afrenta recibida en la última batalla; y

puesto á la sombra de las banderas de estos dos caudillos, acampó en la Vega, atacó por centésima vez la Alcazaba, hirió, mató, destrozó, sacrificó mil vidas ante las murallas, y sólo dejó caer la espada al asomar la noche para volver á empuñarla con mayor denuedo al rayar el día. Era tanta su cólera y obstinación que ni treguas quería dar á sus enemigos; pretendía luchar contra ellos hasta alcanzar del todo su exterminio. Mas no pudo satisfacer sus deseos; después de ocho días de pelea tuvo que retroceder dejando muertos la flor de sus guerreros; perdió al hijo de Seif-Daulah, cuyo cadáver fué enviado al padre por los almoravides en rico ataúd cubierto de púrpura, adornado con franjas de oro y perfumado por los más dulces aromas; perdió el brazo poderoso del mismo Seif, que, desconsolado con la muerte de su hijo y temeroso de la inconstancia de la muchedumbre, levantó á poco el campamento y lo abandonó, dejando de walí á Abu-Hasam-ben-Adha, hermano de aquel Ebn-Adha, en cuyo favor combatieron en la Vega los rebeldes de Jaén, Córdoba y Murcia. Ebn-Adha, su principal caudillo, había sido víctima de su propia lealtad apurando la copa envenenada que dió á beber en su primera entrevista á su aliado Ebn-Hud (1); y el pueblo, falto de todo arrimo y desalentado por los repetidos triunfos de sus contrarios, no pudo pensar ya sino en hacer capitular á los almoravides, algunos de los cuales se fueron á Almuñecar, lugar á propósito para pasar al África.

La situación de los almoravides era, no obstante, funesta. Sentían á sus espaldas los pasos de los almohades, y les era

(1) Al llegar á Granada Seif-Daulah, salió Ebn-Adha á recibirle, y después de saludarle, se le llevó y le hospedó á él y á su hijo Amad-Daulah en su casa. Pidió Amad agua y Ebn-Adha se la presentó en un vaso; mas apenas fué á beberla, le detuvo un alima que estaba á su lado, diciéndole: no la bebas, Sultán; porque está envenenada. Trastornado Ebn-Ada, que procedía sin malicia, apuró el vaso para que no se le conceptuase capaz de tan gran crimen; pero esta prueba de lealtad le costó la vida. Estaba el agua verdaderamente emponzoñada, y Adha falleció en la noche de aquel mismo día. Ignórase si fué él mismo quien inadvertidamente echó el veneno en el vaso ó si fué otro; el hecho es raro, pero no nos da sobre él más explicaciones la historia.

hostil hasta la tierra que pisaban. Al ver próxima su ruina ni sabían dónde volver los ojos: hacia el Norte no veían sino nubes que reflejaban los vivos destellos de la formidable lanza de Alfonso el Emperador. Este Alfonso era para ellos aún más temible que los almohades; ¿podían, empero, abrigar contra aquél el mismo odio? Alfonso era para los almoravides un infiel, y cada almohade un hereje; Alfonso era su enemigo natural, y los almohades, enemigos suscitados por la ambición, por la sed de sangre y por el deseo de exterminar su raza. Dirigiéronse á Alfonso, hicieron alianza con él, y protegidos por sus armas siempre vencedoras, por sus soldados armados de malla y por sus caballos cubiertos de hierro, empezaron una guerra fatal para todos los árabes de España.

Los cristianos, respondiendo á este llamamiento, pusieron el pie en Andalucía, y no salieron de ella sin haber vencido grandes ciudades y profanado los más sagrados objetos del culto mahometano. Cayeron de improviso sobre Andújar, sitiaron á Baeza, y no tardaron en reducirlas á sus armas. En Baeza, según nuestras crónicas, tropezaron con grandes obstáculos, viéndose sitiados en sus mismos reales; pero los arrollaron merced al ardor de que estaban poseídos y al favor de San Isidoro y Santiago que pelearon denodadamente en la batalla. Alfonso, dicen los cronistas, vió en tan gran peligro su ejército, que creyó deber llamar á consejo á los prelados y á los barones para resolver de común acuerdo cómo habían de salvar su honra y su vida. No halló ni oyó otro medio que el de luchar hasta la muerte vendiendo al mejor precio su sangre; y como esto le sirviese de gran desconsuelo, apenas llegó á su tienda, se dejó caer de rodillas, oró, se sentó como abrumado por la fatiga, y dobló la cabeza ante un tranquilo sueño. Estaba apenas entre-dormido, cuando, cubriéndose el cielo de un resplandor divino, vió ante sí la venerable figura de un obispo que brillaba como el sol y una mano fija en una espada que estaba despidiendo fuego; y oyó la voz del sacerdote que le dijo: «no

dudes, Alfonso, ni temas pelear contra estos infieles, porque está levantada contra ellos la mano de Dios, y sus cadáveres cubrirán mañana el campo. Soy el escudo que para ti y los tuyos ha escogido el Señor, y el hierro dirigido contra ti se volverá contra tus enemigos. Pelea sin temor al rayar el alba, porque tuya es la victoria.» Sintió fortalecer su espíritu con estas palabras, y preguntando al prelado «mas ¿quién sois vos, que así bañáis en inefable consuelo mi alma?» oyó de nuevo la voz del enviado del cielo que le contestó: «soy Isidoro, sucesor de Santiago, de quien son esta mano y esta espada: alienta tu ejército y toma en amaneciendo tu caballo de guerra; tus ojos nos verán combatiendo en lo más vivo de la refriega.» Volvió á poco de su sueño y no vió ya al Santo; mas lleno de fe y de ardor sagrado, convocó al punto su consejo, refirió cuánto había visto y oído, é hincando la rodilla él y cuantos con él estaban, entonó un fervoroso cántico de gracias al Señor bajo la estrellada bóveda del cielo. Instituyó aquella misma noche una hermandad en honor del aparecido, prometió invocar el nombre de éste en las batallas, hizo jurar otro tanto á los reyes y grandes que le acompañaban, y ordenó que se acometiera al enemigo en asomando la mañana. Volvió luego á su tienda, donde vió por segunda vez á San Isidoro; y como no le dejasen sosegar sus deseos de entrar en pelea, montó pronto á caballo, hizo poner en armas al ejército, lo recorrió animándolo al combate con la esperanza de la victoria, y ciego de fe y de entusiasmo, se arrojó sobre los árabes como los torrentes de luz con que el sol naciente cubría á la sazón el campo. Terrible fué ya desde un principio la pelea: los alaridos de guerra tardaron poco en confundirse con los gritos y suspiros de muerte. Las tropas de los árabes estaban divididas en cuatro partes; y combatían todas á la vez y eran á la vez combatidas. Acá gemía el aire al paso de las flechas; allá sonaba el rumor de las espadas y el de las lanzas, rotas no pocas veces sobre brillantes armaduras. La muerte recorría todas las filas y la tierra recibía sin cesar

cadáveres. Subía hasta el cielo el polvo del combate, y los rayos del sol lucían siniestramente sobre la sangre de los muertos. Y allí donde más arreciaba la lucha se veía suspendido en los aires un caballo blanco, y sobre este caballo á un obispo que llevaba en una mano la cruz y en otra la espada, y pegada á su cuerpo otra mano con otro acero que parecía echar rayos sobre las tropas de los infieles. Y caían estas espadas contra los enemigos tersas como la luz del alba, y subían chorreando sangre por la empuñadura, y en todas partes dejaban el dolor y las tinieblas.

Los árabes, prosiguen nuestros crédulos cronistas, se dividieron ante esta visión celeste, é impelidos por una fuerza fatal, echaron flechas contra sí y se hirieron á sí mismos. Reconocieron aunque tarde el favor que deparaba Dios á los cristianos, y volviendo de repente las espaldas, abandonaron el campo corriendo á guarecerse en las cumbres de las sierras. No creyeron poder salvarse sino con la fuga; pero aun con ella murieron á centenares alanceados por la caballería de Alfonso, que les siguió el alcance en el espacio de cinco leguas, y no dejó con vida á ninguno de los que pudo coger con el hierro de sus lanzas ó con la planta de sus caballos. Quedaron enteramente derrotados, y la ciudad fué entregada al vencedor (1).

(1) Celebró esta toma de Baeza Pedro de la Vecilla, poeta del tiempo de Felipe II, en su *León de España*. Traducimos á continuación algunas octavas:

Ved este rey Alfonso que teniendo
Sitiada á Baeza, muy turbado
Estará multitud bárbara viendo
Que el paso y las espaldas le han ganado;
Y el real San Isidro, que queriendo
Mostrar que en tal sazón no le ha olvidado,
Aparecelle y prometelle ufano
Que le ha de dar favor con sacra mano.

Mira que Alfonso terciará su lanza,
É investirá á los moros apiñados,
Y ellos á él con bárbara pujanza,
Y andar unos y otros denodados: